

la sazón, pocos dias después de esto, en el mismo año, mató una culebra un criado mio, que desde la boca hasta la punta de la cola tenía de luengo veinte y dos piés, y en lo mas grueso de ella era mas gorda que dos puños juntos de las manos de un hombre mediano, y la cabeza mas gruesa que un puño, y la mayor parte del pueblo la vido; y el que la mató se llama Francisco Rao y es natural de la villa de Madrid.

CAPITULO LV.

Yu-ana.

Yu-ana es una manera de sierpe de cuatro piés, muy espantosa de ver y muy buena de comer, de la cual en el capítulo seis, atrás, se dijo suficientemente lo que convenia de este animal ó sierpe; hay muchas de ellas en las islas y en Tierra-Firme.

CAPITULO LVII.

Lagartos ó dragones.

Hay muchos lagartos y lagartijas de la manera de los de España, y no mayores, pero no son ponzoñosos; otros hay grandes, de doce y quince piés, y mucho mas de luengo, y mas gruesos que una arca ó caja; y algunos de los mas grandes son tan gordos cuasi como una pipa, y la cabeza y lo demás á proporcion, y el hocico tiénenle muy luengo, y el labio de alto horadado en derecho de los colmillos, por los cuales agujeros salen los colmillos que tiene en la parte mas baja de la boca; los cuales y los dientes tienen muy fieros; y en el agua es velocísimo, y en tierra algo pesado y torpe, á respecto de la habilidad que en el agua tiene. Muchos de ellos andan en las costas y playas de la mar, y entran y salen de ella por los rios y esteros que entran en ella, y son de cuatro piés, y tienen muy recias conchas, y por medio del espinazo está lleno de luengo á luengo de puntas ó huesos altos, y son tan recios de pasar sus cueros, que ninguna espada ó lanza los puede ofender, si no les dan debajo de aquella piel durísima por las ijadas ó la tripa, porque por allí es flaca y vencible la piel de estos lagartos ó dragones, los cuales cuando quieren desovar, es en el tiempo mas seco del año, en el mes de diciembre, que los rios no salen de su curso, y en aquella sazón, faltando las lluvias, no les pueden llevar los huevos las crecientes; y hacen de esta manera: sálense á los arenales y playas por la costa ó ribera de los rios, y hacen un hoyo en la arena, y ponen allí docientos ó trecientos huevos, ó mas, y cúbrelos con la dicha arena, y *ad putrefactionem*, con el sol se animan y toman vida, y salen de debajo del arena y vanse al rio que está junto, seyendo no mayores que un gemo, ó poco menos grandes, y después crescen hasta ser tan gruesos y tamaños como atrás se dijo, y en algunas partes hay tantos de ellos, que es cosa para espantar; y lo mas continuamente se andan en los remansos y hondo de los rios, y cuando salen fuera de ellos por la tierra y playas, todo aquel contorno vecino huele á almizcle, y sálense á dormir muchas veces á los arenales cerca del agua, y cuando se desvian algo mas y los topan los cristianos, luego huyen al agua; y no saben correr haciendo vueltas ó á un costado ó á otro declinando, sino derecho; y así, aunque vaya tras un hombre no le al-

canzará si el tal hombre es avisado de lo que es dicho y tuerce el correr al través; antes muchas veces por esta causa ha acaescido irle dando de palos y cuchilladas hasta lo matar ó hacer entrar en el agua; pero lo mejor es desde léjos de ellos tirarles con ballestas y escopetas, porque con las otras armas, así como espadas ó dardos y lanzas, poco daño le pueden hacer, excepto si le aciertan á dar por la barriga y ijadas, porque aquello tiene muy delgado; y cuando corren por tierra llevan la cola levantada sobre el loimo, enarcada como las plumas de la cola del gallo, y la barriga no arrastrando, sino alta de tierra un palmo, ó mas ó menos, al respecto de la grandeza ó altura de los brazos, y tienen manos y piés en fin de los dichos brazos y piernas; y los tales piés y manos muy hendidos, y los dedos luengos y las uñas luengas. Finalmente, que estos lagartos son muy espantosos dragones en la vista: quieren algunos decir que son cocatrices, pero no es así; porque la cocatriz no tiene espiradero alguno mas de la boca, y aquestos lagartos ó dragones sí; y la cocatriz tiene dos mandíbulas, así alta como baja, y así menea la superior tan bien como la inferior, y aquestos lagartos que digo no tienen mas de la mandíbula baja. Son en el agua muy velocísimos y muy peligrosos, porque se comen muchas veces los hombres y los perros y los caballos y las vacas al pasar de los vados; y por esto se tiene aqueste aviso, que cuando alguna gente pasa por algun rio en que los hay, siempre se toma el vado por los raudales y donde el agua va mas baja y corriente mucho, porque los dichos lagartos siempre se apartan de los raudales y de donde está bajo el rio. Muchas veces acaesce, matándolos, que les hallan en el vientre una y dos espuelas de guijarros pelados, que el lagarto come por su pasatiempo y los degiste. Mátanlos muchas veces armándolos con anzuelos gruesos de cadena, y de otras maneras, y algunas veces hallándolos fuera del agua, con las escopetas. Estos animales mas los tengo yo por bestias marinas y de agua que no terrestres, puesto que, como es dicho, nascen en tierra, de aquellos huevos que entierran en los arenales, los cuales son tan grandes ó mas que los de las ansares, y son tan anchos en el un cabo ó punta como de la otra parte ó cabo; y si dan en el suelo con ellos, no se quiebran para se salir, pero quíebrase la cáscara primera, que es como la de los huevos de las ansares; y entre aquella y la clara tiene una tela delgada que parece valdrés, que no se rompe sino con alguna punta de herramienta ó de palo agudo; y dando en el suelo con un huevo de estos, salta para arriba y hace un bote, como si fuese pelota de viento. No tienen yema, y todos son clara, y guisados en tortillas son buenos y de buen sabor; yo he comido algunas veces de estos huevos, pero no he comido de los lagartos, puesto que muchos cristianos los comian cuando los podian haber, en especial los pequeños, al principio que la tierra se conquistó, y decian que eran buenos. E cuando estos lagartos dejaban los huevos cubiertos en el arena, y algun cristiano los hallaba, cogía aquella nidada, y traíalos á la cibdad del Darien, y dábanle cinco ó seis castellanos, y mas, segun los que traía, á razon de un real de plata por cada huevo; yo los pagué en este precio, y los comí algunas veces en el

año de 1514 años; pero después que lobo mantenimientos y ganados, se dejaron de buscar, pero no porque si con ellos topan acaso, dejen de comerlos de buena voluntad algunos.

CAPITULO LVIII.

Escorpiones.

Hay en muchas partes escorpiones venenosos en la Tierra-Firme, y yo los hallé en Santa Marta, dentro en tierra, bien tres leguas apartado de la costa y puerto de mar, donde el año de 1514 tocó el armada que por mandado del rey Católico don Fernando V, de gloriosa memoria, pasó á la Tierra-Firme. Son cuasi negros sobre rubios; y en Panamá, en la costa del mar del Sur, los he visto asimismo algunas veces.

CAPITULO LIX.

Arañas.

Hay arañas grandes, y yo las he visto mayores que la mano extendida, con piernas y todo; pero dejados los brazos, sino solamente el cuerpo, digo que aquello de en medio de una araña que vi una vez, era tamaño como un gorrion ó pájaro de estos pardales, y llena de vello, y la color era pardo oscuro, y los ojos mayores que de un pájaro de los que he dicho; son ponzoñosas, pero de aquestas grandes hállanse raras veces, y muchas comunmente mayores que las de estas partes.

CAPITULO LX.

Cangrejos.

Cangrejos son unos animales terrestres que salen de unos agujeros que ellos hacen en tierra, y la cabeza y cuerpo es todo una cosa redonda que quiere mucho parecer capirote de halcon, y del un costado le salen cuatro piés, y otros tantos del otro lado, y dos bocas como pincetas, la una mayor que la otra, con que muerden, pero su bocado no duele mucho ni es ponzoñoso; su cáscara ó cuerpo y lo demás es liso y delgado como la cáscara del huevo, salvo que es mas dura. La color es parda ó blanca ó morada que tira á azul, y andan de lado y son buenos de comer, y los indios se dan mucho á este manjar, y aun tambien en Tierra-Firme muchos cristianos, porque se hallan muchos, y no son manjar costoso ni de mal sabor; y cuando los cristianos van por la tierra adentro, es manjar presto y que no desplace, y cómense asados en las brasas. Finalmente, la hechura de ellos es de la misma manera que se pinta el signo de Cáncer; en el Andalucía, á la costa de la mar y del rio de Guadalquivir, donde entra en ella, en Sant Lúcar, y en otras partes muchas, hay cangrejos, pero son de agua, y los que he dicho de suso son de tierra. Algunas veces son dañosos y mueren los que los comen, en especial cuando los dichos cangrejos han comido algunas cosas ponzoñosas ó manzanillas de aquellas de que se hace la yerba con que tiran los indios caribes frecheros, de la cual se dirá adelante; pero por esto se guardan los cristianos de comer de ellos cuando los hallan cerca de donde hay los dichos árboles de las manzanillas; aunque se coman muchos de aquellos que son buenos, no hacen mal ni es vianda que empacha.

CAPITULO LXI.

De los sapos.

Hay muchos sapos en la Tierra-Firme y muy enojosos por la grande cantidad de ellos; pero no son ponzoñosos: donde mas de ellos se han visto es en la cibdad del Darien, muy grandes; tanto, que cuando se mueren en tiempo de la seca, quedan tan grandes huesos de algunos, en especial algunas costillas, que parecen de gato ó de otro animal tamaño; pero como cesan las aguas, poco á poco se consumen y se acaban, hasta que el año siguiente, al tiempo de las lluvias, los torna á haber; pero ya no hay con mucha cantidad tantos como solia; y la causa es que, como la tierra se va desahando y tratándose de los cristianos, y cortándose muchos árboles y montes, y con el hábito de las vacas y yeguas y ganados, así parece que visible y palpablemente se va desenconando y deshumedeciéndose, y cada dia es mas sana y apacible. Estos sapos cantan de tres ó cuatro maneras, y ninguna de ellas es apacible; algunos como los de acá, y otros silbando, y otros de otra forma; unos hay verdes y otros pardos, otros cuasi negros; pero todos, los unos y otros, muy feos y grandes y enojosos, porque hay muchos; pero como es dicho, no son ponzoñosos; y donde se pone recabdo para que no haya agua encharcada y que corra ó se consuma, luego no hay sapos; que ellos se van á buscar los pantanos, etc.

De los árboles y plantas y yerbas que hay en las dichas Indias, islas y Tierra-Firme.

Primeramente pues que está dicho de los árboles que de España se han llevado, y cómo todos se hacen bien en aquellas partes, quiero decir de los otros naturales de ellas; y porque todos los que hay en las islas (y muchos mas) los hay en la Tierra-Firme, diré de los que se me acordare, todavía ocurriendo á la protesta que al principio hice, y es que está todo lo que aquí diré, con lo demás que se me olvidare, copiosamente escrito en mi *General historia de Indias*; y comenzando del mamey, digo así.

CAPITULO LXII.

Mamey.

Las principales plantas y mantenimiento de los indios son la yuca y maíz, de que hacen pan, y tambien vino del maíz, como atrás se dijo; hay otras frutas muy buenas, sin aquello. Hay una fruta que se llama mamey, el cual es un árbol grande y de hermosas y frescas hojas. Hace una graciosa y excelente fruta, y de muy suave sabor, tan gruesa por la mayor parte como dos puños cerrados y juntos; la color es como de la peraza, leonada la corteza, pero mas dura algo y espesa, y el cuesco está hecho tres partes, junta la una á par de la otra, en el medio de lo macizo, á manera de pepitas, y de la color y tez de las castañas ingertas mondadas, y así proprio que ninguna cosa le faltaria para ser las mismas castañas si aquel sabor toviese; pero aqueste cuesco así dividido ó pepita es amarguísimo su sabor como la hiel; pero sobre aquello está una telica muy delgada, entre la cual y la corteza está una carnosidad

como leonada, y sabe á melocotones y duraznos, ó mejor, y huele muy bien, y es mas espesa esta fruta y de mas suave gusto que el melocoton, y esta carnosidad que hay desde el dicho cuesco hasta la corteza es tan gruesa como un dedo, ó poco menos, y no se puede mejorar ni ver otra mejor fruta.

CAPITULO LXIII.

Guanabano.

El guanabano es un árbol muy grande y hermoso en la vista, y alto, y las ramas de él derechas, y la hoja de él de larga y ancha facion y fresco verdor, y hace unas piñas, ó fruta que lo parecen, tan grandes como melones, pero prolongadas, y por encima tiene unas labores sutiles que parece que señalan escamas, pero no lo son ni se abren; antes cerrada en torno, está toda cubierta de una corteza del gordor de cáscara de melon, ó algo menos, y de dentro está llena de una pasta como manjar blanco, salvo que aunque es tan espesa, es aguanosa y de lindo sabor templado, con un agro suave y apacible, y entre aquella carnosidad tiene unas pepitas mayores que las de la cañafistola, y de aquella color y cuasi tan duras; y aunque un hombre se coma una guanabana de estas que pese dos ó tres libras y mas, no le hace daño ni empacho en el estómago, y es muy templada y de hermosa vista; solamente se deja de comer de ella aquella corteza delgada que tiene y las pepitas; y hay algunas que son de cuatro libras y mas, y si la tienen empezada, aunque esté algunos dias no se torna de mal sabor, salvo que se va enjugando y consumiendo en parte, destilándose la humedad y agua de ella estando descantada, y las hormigas luego vienen á la que está partida, y por esto nunca la comienzan sino para acabarla; y hay muchas de estas guanabanas, así en las islas como en la Tierra-Firme.

CAPITULO LXIV.

Guayaba.

El guayabo es un árbol de buena vista, y la hoja de él cuasi como la del moral, sino que es menor, y cuando está en flor huele muy bien, en especial la flor de cierto género de estos guayabos; echa unas manzanas mas macizas que las manzanas de acá, y de mayor peso aunque fuesen de igual tamaño, y tienen muchas pepitas, ó mejor diciendo, están llenas de granitos muy chicos y duros, pero solamente son enojosas de comer á los que nuevamente las conocen, por causa de aquellos granillos; pero á quien ya las conoce es muy linda fruta y apetitosa, y por de dentro son algunas coloradas y otras blancas; y donde mejores yo las he visto es en el Darien y por aquella tierra, que en parte de cuantas yo he estado de Tierra-Firme; las de las islas no son tales, y para quien la tiene en costumbre es muy buena fruta, y mucho mejor que manzanas.

CAPITULO LXV.

Cocos.

El coco es género de palma, y la grandeza y hoja de la misma manera de las palmas reales de los dátiles, excepto que difieren en el nascimiento de las hojas, porque las de los cocos nascen en la vara de la palma de la

manera que están los dedos de la mano cuando con la otra mano se entretejen, y así están después mas desparcidas las hojas. Estas palmas ó cocos son altos árboles, y hay muchos de ellos en la costa de la mar del Sur, en la provincia del cacique Climan, al cual dicho cacique yo tuve cierto tiempo en encomienda con docientos indios. Estos árboles ó palmas echan una fruta que se llama coco, que es de esta manera: toda junta, como está en el árbol, tiene el bulto mayor mucho que una gran cabeza de un hombre, y desde encima hasta lo de en medio, que es la fruta, está rodeada y cubierta de muchas telas, de la manera que aquella estopa con que están cubiertos los palmitos de tierra en el Andalucía; digo de tierra, que no son palmitos de palmas altas; y de aquella estopa y telas en levante hacen los indios telas muy buenas y jarcias, y las telas las hacen de tres ó cuatro maneras, así para velas de los navios como para vestirse, y las cuerdas delgadas y mas gruesas, y hasta cables y jarcias de navios; pero en estas Indias de vuestra majestad no curan los indios de estas cuerdas y telas que se pueden hacer de la lana de estos dichos cocos, como se hacen en Levante, porque tienen mucho algodón y muy hermoso sobrado. Esta fruta que está en medio de la dicha estopa, como es dicho, es tan grande como un puño cerrado, y algunos como dos, y mas y menos, y es una manera de nuez ó cosa redonda, algo mas prolongada que ancha y dura, y el casco de ella del grosor de un letrado de un real, y de dentro, pegado al casco de aquella nuez, una carnosidad de la anchura de la mitad de la grosseza del menor dedo de la mano, la cual es blanca como una almendra mondada, y de mejor sabor que almendras y de muy suave gusto. Cómese así como se comerian almendras mondadas, y después de mascada esta fruta, queda alguna cibera como de la almendra, pero si la quisieren tragar, no es despacible, aunque ido el zumo por la garganta abajo antes que esta cibera se trague, parece que queda aquello mascado algo áspero, pero no mucho ni para que se deba desechar cuando el coco es fresco y há poco que se quitó del árbol. Esta carnosidad ó fruta, no comiéndola y majándola mucho, y después colándola, se saca leche de ella, muy mejor y mas suave que las de los ganados, y de mucha substancia, la cual los cristianos echan en las mazamoras que hacen del maíz ó del pan, á manera de puches ó poleadas; y por causa de esta leche de los cocos son las dichas mazamoras excelente manjar, y sin dar empacho en el estómago, dejan tanto contentamiento en el gusto y tan satisfecha la hambre, como si muchos manjares y muy buenos hobiesen comido; pero procediendo adelante, es de saber que por tuétano ó cuesco de esta fruta está en el medio de ella, circundado de la dicha carnosidad, un lugar vacuo, pero lleno de una agua clarísima y excelente, y tanta cantidad, cuanta cabria dentro de un huevo, ó mas ó menos, segun el tamaño del coco; la cual agua bebida es la mas substancial, la mas excelente y la mas preciosa cosa que se puede pensar ni beber, y en el momento parece que así como es pasada del paladar (*de planta pedis usque ad verticem*) ninguna cosa ni parte queda en el hombre que deje de sentir consolacion y maravilloso contentamiento. Cierta pa-

resce cosa de mas excelencia que todo lo que sobre la tierra se puede gustar, y en tanta manera, que no lo sé encarecer ni decir. Adelante prosiguiendo, digo que aquel vaso de esta fruta, después de quitado de él el manjar, queda muy liso, y le limpian y pulen sotilmente, y queda por de fuera de muy buen lustre, que declina á color negro, y de dentro de muy buena tez; los que acostumbra beber en aquellos vasos, y son dolientes de la ijada, dicen que hallan maravilloso y conocido remedio contra tal enfermedad, y rómpeles la piedra á los que la tienen, y hácela echar por la orina. Todas estas cosas que he dicho sumariamente aquí á vuestra majestad, tiene aquesta fruta de estos cocos. El nombre de coco se les dijo porque aquel lugar donde está asida en el árbol aquesta fruta, quitado el pezon, deja allí un hoyo, y encima de aquel tiene otros dos hoyos naturalmente, y todos tres vienen á hacerse como un gesto ó figura de un monillo que coca, y por eso se dijo coco; pero en la verdad, como primero se dijo, este árbol es especie de palma, y segun Plinio y otros naturales lo escriben, todas las palmas son útiles y provechosas para esta enfermedad de la ijada; y de aquí viene que los cocos, como fruto de palma, sean útiles á semejante dolencia.

CAPITULO LXVI.

Palmas.

En el capítulo de suso se dijo que los cocos son género de palmas; y por esto, antes que se diga de otros árboles, es bien que de las palmas se diga un poco. Las que llevan dátiles, hasta agora no se han hallado en aquellas partes; pero por industria de los cristianos ya hay muchas en las islas de Santo Domingo ó Española, y en la de Cuba y San Juan y Jamáica, así en las casas de morada como en las huertas y jardines; que de los cuescos de los dátiles que se llevaron de acá fué su origen ó principio; y en la cibdad de Santo Domingo en muchas casas las hay muy hermosas, y en una casa en que yo vivo y tengo en aquella cibdad hay una palma que cada un año lleva mucha fruta, y es muy grande y de las mas hermosas que hay en aquella tierra toda.

Pero de las palmas naturales de las islas y Tierra-Firme hay siete ó ocho maneras y diferencias de ellas. Hay unas que tienen la hoja como la de los palmitos terrosos del Andalucía, que es como una palma ó mano de un hombre, abiertos los dedos, y estas llevan por fruta unas cuentas pequeñas y redondas.

Hay otras palmas que echan la hoja como las de los dátiles, y aquestas echan otra forma de cuentas mayores, pero no tan duras como las que se dijo de suso.

Hay otras palmas de la misma manera de hojas, y son muy excelentes los palmitos para comer, y muy grandes y tiernos, y tambien llevan cuentas.

Hay otras palmas que tambien son muy buenos los palmitos para comer, y son algo mas bajas y mas gruesas que las susodichas, y llevan asimismo cuentas.

Hay otras palmas altas y de buenos palmitos, y llevan por fruta unos cocos, no mayores que las aceitunas cordobesas, y son como el coco sin la estopa, sino solo el cuesco, con los tres agujerillos que le hacen pa-

rescer mono cocando; pero son aquestos cocos menudos y macizos, y no sirven de nada.

Hay otras palmas altas y muy espinosas, las cuales son de la mas excelente madera que puede ser, y es muy negra la madera y muy pesada y de lindo lustre, y no se tiene sobre agua esta madera, que luego se va á lo hondo; hácese de ella muy buenas saetas y virotes, y cualesquiera astas de lanzas ó picas, y digo picas porque en la costa del sur, delante de Esquegna y Urraca, traen los indios picas de aquestas palmas, muy hermosas y luengas; y donde pelean los indios con tiraderas, las hacen de esta madera, tan luengas como dardos, y aguzadas las puntas, con que tiran y pasan un hombre y una rodela; asimismo hacen macanas para pelear, y cualquiera asta ó cosa que se haga de esta madera es muy hermosa, y para hacer címbalos ó vihuelas ó cualquier instrumento de música que se requiera madera, es muy gentil, porque, demás de ser muy durísima, es tan negra como un buen azabache.

CAPITULO LXVII.

Pinos.

Hay en la isla Española pinos naturales como los de España, que no llevan piñones, y de la misma manera son aquellos, y en otra parte de las islas y Tierra-Firme yo no he oido que los haya, á lo que se me puede acordar al presente.

CAPITULO LXVIII.

Encinas.

En la costa de la mar de la Sur, al occidente, partiendo de Panamá y delante de la provincia de Esquegna, se han hallado muchas encinas, y llevan bellotas, y son buenas de comer; lo cual en Tierra-Firme yo oí, y me informé de los mismos cristianos que lo vieron y comieron de las dichas bellotas.

CAPITULO LXIX.

Parras y uvas.

En aquellas partes de Tierra-Firme por los montes y bosques de arboledas se hallan muchas veces muy buenas parras salvajes y muy cargadas de uvas y racimos de ellas, no muy menudas, sino mas gruesas que las que en España nascen en los sotos, y no tan agras, sino mejores y de mejor sabor, y yo las he comido muchas veces y en mucha cantidad; de que quiero inferir que se harán muy bien las viñas y parrales en aquellas partes queriéndose dar á ellas; y todas las que yo he visto y comido de estas uvas son negras. En Santo Domingo he comido yo muy buenas uvas de las que se han hecho en parras, llevados los sarmientos de España, blancas y gruesas, y de tan buen sabor como acá.

CAPITULO LXX.

De los higos del mastuerzo.

En la costa del poniente, partiendo de la villa de Acla, y pasando adelante del golfo de Sant Blas y del puerto del Nombre de Dios, la costa abajo, en tierra de Veragua y en las islas de Corobaro, hay unas higuerras altas, y tienen las hojas trepadas y mas anchas que las higuerras de España, y llevan unos higos tan gran-

des como melones pequeños, los cuales nascen pegados en el tronco principal de la higuera en lo alto de ella, y muchos de ellos en las ramas y en cantidad, y tienen la corteza ó cuero delgado, y todo lo demás es de una carnosidad espesa como la del melon, y de buen sabor, y córtase á rebanadas como el melon; y en el medio del dicho higo ó fruto tienen las pepitas, las cuales son menudas y negras, y envueltas en una manera de materia y humor, de la forma que lo están las de los membrillos, y son tanta cantidad como un huevo de gallina, poco mas ó menos, segun la cantidad del higo ó fruta de suso expresada, y aquellas pepitas se comen y son sanas, pero del mismo sabor, ni mas ni menos, que el mastuerzo. E por esto los que por aquellas partes andamos sirviendo á vuestra majestad llamamos esta fruta los higos del mastuerzo, de la cual simiente se ha puesto en el Darien, y se hicieron estas higueras muy bien, y yo comí muchos higos de estos, y son de la manera que lo he dicho.

CAPITULO LXXI.

Membrillos.

Hay unas frutas que en Tierra-Firme los cristianos las llaman membrillos, pero no lo son, mas son de aquel tamaño, y redondos y amarillos, y la corteza tiénenla verde y amarga, y quitansela, y hácenlos cuartos y sácanles ciertas pepitas que tienen amargas, y lo demás échanlo en la olla á cocer con la carne ó sin ella, con otras cosas que quieren guisar, y son muy buenos y substanciales y de buen sabor y mantenimiento, y los árboles en que nascen son no grandes, y tienen mas semejanza de plantas que de árboles, y hay mucha cantidad de ellos, y la hoja es cuasi de la manera de la hoja de los membrillos de España.

CAPITULO LXXII.

Perales.

En Tierra-Firme hay unos árboles que se llaman perales, pero no son perales como los de España, mas son otros de no menos estimacion; antes son de tal fruta, que hacen mucha ventaja á las peras de acá. Estos son unos árboles grandes, y la hoja ancha y algo semejante á la del laurel, pero es mayor y mas verde. Echa este árbol unas peras de peso de una libra y muy mayores, y algunas de menos; pero comunmente son de á libra, poco mas ó menos, y la color y talle es de verdaderas peras, y la corteza algo mas gruesa, pero mas blanda, y en el medio tiene una pepita como castaña ingerta, mondada; pero es amarguísima, segun atrás se dijo del mamey, salvo que esta es de una pieza, y la del mamey de tres, pero es así amarga y de la misma forma, y encima de esta pepita hay una telica delgadísima, y entre ella y la corteza primera está lo que es de comer, que es harto, y de un licor ó pasta que es muy semejante á manteca y muy buen manjar y de buen sabor, y tal, que los que las pueden haber las guardan y precian; y son árboles salvajes así este como todos los que son dichos, porque el principal hortolano es Dios, y los indios no ponen en estos árboles trabajo ninguno. Con queso saben muy bien estas peras, y cógense temprano, antes que maduren, y guárdanlas, y después de

cogidas, se sazonan y ponen en toda perfeccion para las comer; pero después que están cuales conviene para comerse, piérdense si las dilatan y dejan pasar aquella sazón en que están buenas para comerlas.

CAPITULO LXXIII.

Higuero.

El higuero es un árbol mediano, y algunos grandes, segun donde nascen, y echan unas calabazas redondas que se llaman higueras, de las cuales hacen vasos para beber, como tazas, y en algunas partes de Tierra-Firme las hacen tan gentiles y tan bien labradas y de tan lindo lustre, que puede beber con ellas cualquier gran príncipe; y les ponen sus asideros de oro, y son muy limpias, y sabe muy bien en ellas el agua, y son muy necesarias y útiles para beber, porque los indios en la mayor parte de Tierra-Firme no tienen otros vasos.

CAPITULO LXXIV.

Hobos.

Los hobos son árboles muy grandes y muy hermosos y de muy lindo aire, y sombra muy sana; hay mucha cantidad de ellos, y la fruta es muy buena y de buen sabor y olor, y es como unas ciruelas pequeñas amarillas, pero el cuesco es muy grande, y tienen poco que comer, y son dañosos para los dientes cuando se usan mucho, por causa de ciertas briznas que tienen pegadas al cuesco, por las cuales pasan las encías, cuando quiere hombre despegar de ellas lo que se come de esta fruta. Los cogollos de ellos echados en el agua, cocidiéndola con ellos, es muy buena para hacer la barba y lavar las piernas, y de muy buen olor; y las cáscaras ó cortezas de este árbol, cocidas, y lavando las piernas con el agua, aprietan mucho y quitan el cansancio, y maravillosa y palpablemente es un muy excelente y salutífero baño; y es el mejor árbol que en aquellas partes hay para dormir debajo de él, y no causa ninguna pesadumbre á la cabeza, como otros árboles; y como en aquella tierra los cristianos acostumbran andar mucho al campo, está esto muy probado, y luego que hallan hobos cuelgan debajo de ellos sus hamacas ó camas para dormir.

CAPITULO LXXV.

Del palo santo, al cual los indios llaman guayacan.

Así en las Indias como en estos reinos de España y fuera de ellos es muy notorio el palo santo, que los indios llaman guayacan, y por esto diré de él alguna cosa con brevedad; este es un árbol poco menos que nogal, y hay muchos de estos árboles, y muchos bosques llenos de ellos, así en la isla Española como en otras islas de aquellas mares; pero en Tierra-Firme yo no le he visto ni he oído decir que haya estos árboles. Este árbol tiene toda la corteza toda manchada de verde, y mas verde y pardillo, como suele estar un caballo muy overo ó muy manchado; la hoja de él es como de madroño, pero es algo menor y mas verde, y echa unas cosas amarillas pequeñas por fruto, que parencendos altramuces, junto el uno al otro por los cantos. Es madero muy fortísimo y pesado, y tiene el corazón casi negro, sobre pardo; y porque la principal virtud de este madero es

sanar el mal de las buas, y es cosa tan notoria, no me detengo mucho en ello, salvo que del palo de él toman astillas delgadas, y algunos lo hacen limar, y aquellas limaduras cuéccenlas en cierta cantidad de agua, y segun el peso ó parte que echan de este leño á cocer; y desde que ha desmenguado el agua en el cocimiento las dos partes ó mas, quitanla del fuego y repósase, y bébenla los dolientes ciertos dias por las mañanas en ayunas, y guardan mucha dieta, y entre dia han de beber de otra agua, cocida con el dicho guayacan; y sanan sin ninguna duda muchos enfermos de aqueste mal; pero porque yo no digo aquí tan particularmente esta manera de como se toma este palo ó agua de él, sino como se hace en la India, donde es mas fresco, el que tovriere necesidad de este remedio, no se cure por lo que yo aquí escribo, porque acá es otra tierra y temple de aires y es mas fria region, y conviene guardarse los dolientes mas y usar de otros términos; pero es tan usado, y saben ya muchos cómo acá se ha de hacer, y de aquellos tales se informe quien tuviere necesidad de curarse; solamente sabré yo aprovechar en aconsejar al que quisiere escoger el mejor guayacan, que lo procure de la isla Beata. Puede vuestra majestad tener por cierto que aquesta enfermedad vino de las Indias, y es muy comun á los indios, pero no peligrosa tanto en aquellas partes como en estas; antes muy fácilmente los indios se curan en las islas con este palo, y en Tierra-Firme con otras yerbas ó cosas que ellos saben, porque son muy grandes herbolarios. La primera vez que aquesta enfermedad en España se vido fué después que el almirante don Cristóbal Colon descubrió las Indias y tornó á estas partes, y algunos cristianos de los que con él vinieron que se hallaron en aquel descubrimiento, y los que el segundo viaje hicieron, que fueron mas, trujeron esta plaga, y de ellos se pegó á otras personas; y después, el año de 1493, que el gran capitán don Gonzalo Fernandez de Córdoba pasó á Italia con gente en favor del rey don Fernando jóven de Nápoles, contra el rey Charles de Francia, el de la cabeza gruesa, por mandado de los Católicos reyes don Fernando y doña Isabel, de inmortal memoria, abuelos de vuestra sacra majestad, pasó esta enfermedad con algunos de aquellos españoles, y fué la primera vez que en Italia se vido; y como era en la sazón que los franceses pasaron con el dicho rey Charles, llamaron á este mal los italianos el mal francés, y los franceses le llaman el mal de Nápoles, porque tampoco le habian visto ellos hasta aquella guerra, y de ahí se esparció por toda la cristiandad, y pasó en África por medio de algunas mujeres y hombres tocados de esta enfermedad; porque de ninguna manera se pega tanto como del ayuntamiento de hombre á mujer, como se ha visto muchas veces, y asimismo de comer en los platos y beber en las copas y tazas que los enfermos de este mal usan, y mucho mas en dormir en las sábanas y ropa de los tales hayan dormido; y es tan grave y trabajoso mal, que ningun hombre que tenga ojos puede dejar de haber visto mucha gente podrida y tornada de san Lázaro á causa de esta dolencia, y asimismo han muerto muchos de ella; y los cristianos que se dan á la conversacion y ayuntamiento de las indias, pocos hay que escapen de este

peligro; pero, como he dicho, no es tan peligroso allá como acá, así porque allá este árbol es mas provechoso y fresco, hace mas operacion, como porque el temple de la tierra es sin frio y ayuda mas á los tales enfermos que no el aire y constelaciones de acá. Donde mas excelente es este árbol para este mal, y por experiencia mas provechoso, es que se trae de una isla que se llama la Beata, que es cerca de la isla de Santo Domingo de la Española, á la banda del mediodía.

CAPITULO LXXVI.

Xagua.

Entre los otros árboles que hay en las Indias, así en las islas como en la Tierra-Firme, hay una natura de árbol que se dice xagua, del cual género hay mucha cantidad de árboles. Son muy altos y derechos y hermosos en la vista, y hácese de ellos muy buenas astas de lanzas, tan luengas y gruesas como las quieren, y son de linda tez y color entre pardo y blanco. Este árbol echa una fruta tan grande como dormideras, y que les quiere mucho pareecer, y es buena de comer cuando está sazónada; de la cual fruta sacan agua muy clara, con la cual los indios se lavan las piernas, y á veces toda la persona, cuando sienten las carnes relajadas ó flojas, y tambien por su placer se pintan con esta agua; la cual, demás de ser su propria virtud apretar y restringir, poco á poco se torna tan negro todo lo que la dicha agua ha tocado como un muy fino azabache, ó mas negro, la cual color no se quita sin que pasen doce ó quince dias, ó mas, y lo que toca en las uñas, hasta que se mudan, ó cortándolas poco á poco como fueren creciendo, si una vez se deja parar bien negro; lo cual yo he muy bien probado, porque tambien á los que por aquellas partes andamos, á causa de los muchos rios que se pasan, es muy provechosa la dicha xagua para las piernas desde las rodillas abajo; suélese hacer muchas burlas á mujeres rociándolas descuidadamente con agua de esta xagua, mezclada con otras aguas olorosas, y sálenles mas lunares de los que querrian; y la que no sabe de qué causa, pónenla en congoja de buscar remedios, todos los cuales son dañosos, ó aparejados mas para se quemar ó desollar el rostro que no para guarecerle, hasta que haga su curso, y poco á poco por sí misma se vaya deshaciendo aquella tinta. Cuando los indios han de ir á pelear se pintan con esta xagua y con bixa, que es una cosa á manera de almagre, pero mas colorada, y tambien las indias usan mucho de esta pintura.

CAPITULO LXXVII.

Manzanas de la yerba.

Las manzanillas de que los indios caríbes frecheros hacen la yerba que tiran con sus frechas nascen en unos árboles copados, de muchas ramas y hojas, y espesos y muy verdes, y cargan mucho de esta mala fruta, y son las hojas semejantes á las del peral, excepto que son menores y mas redondas. La fruta es de la manera de las peras moscarelas de Secilia ó de Nápoles al parecer, y el talle y tamaño segun las cermeñas, de talle de peras pequeñas, y en algunas partes están manchadas de rojo, y son de muy suave olor; estos árboles por